

y estaban en explotación en aquella fecha 5012 kilómetros, se hallaban en construcción 893 y faltaban por construir 257.

Afortunadamente la subcomisión de las Cortes encargada de examinar los nuevos impuestos propuestos por el gobierno, ha considerado que debía libertar al tráfico en general, y a las compañías en particular del impuesto del diez por ciento sobre las tarifas de mercancías y sobre los intereses de las obligaciones emitidas por aquellas, con la garantía de las obras y de los rendimientos de las explotaciones vias férreas; y si bien felicitamos por su acierto a los ilustrados individuos que componen la mencionada subcomisión, no podemos menos de extrañar la falta de lógica que observamos en su decisión, eximiendo a las mercancías del impuesto del diez por ciento y conservando este mismo impuesto sobre los billetes de pasajeros.

La razón de que este impuesto existió ya anteriormente y que el gobierno lo renunció en favor de las compañías no puede alegarse ahora, porque al cederle a estas fue para evitar la quiebra de la mayor parte de ellas se hallaban amenazadas, y para que con su importe pudieran garantizar las deudas que con carácter ejecutivo pesaban sobre algunas de ellas. Por esta causa las compañías no pudieron, como lo creían conveniente, rebajar el aumento impuesto en los billetes, si bien por medio de las bajas que constantemente establecen en la época mas apropiada para el movimiento de los pasajeros, han venido a compensar en parte ese inconveniente, que sin embargo se ha dejado sentir de una manera sensible en el tráfico, según los datos publicados por algunas de ellas, hasta el punto de que las líneas pequeñas no han podido volver a obtener el producto medio que alcanzaron antes de la imposición de aquel aumento.

En un país pobre como el nuestro, donde son pocas las personas que viajan sin una necesidad absoluta, como no sea en las clases acomodadas, cualquier aumento de precio, sobre todo en las líneas de corto trayecto, viene a causar una baja inmediata en los productos; por esta razón esperamos que en la comisión de presupuestos al ocuparse de esta importante cuestión, no dejarán algunos de sus ilustrados individuos de abogar porque se elimine el mencionado impuesto de los conservados por la subcomisión, como gravoso para el tráfico en general y perjudicial para las empresas que necesitan poco la de la protección de las Cortes Constituyentes para obtener un auxilio pecuniario y una ley especial que evitase su ruina y la de los grandes capitales que representan, y que hoy atravesasen el período crítico de la preparación de los convenios propuestos a sus acreedores para regularizar su situación financiera, los cuales podrían no aceptarse o quedar sin efecto los ya aceptados, si llegara a faltar la base que se ha tenido en cuenta ó sea el cálculo de sus actuales productos y las esperanzas de los aumentos sucesivos que les permita atender a las deudas que pesan sobre las mismas y a los gastos que tienen que hacer para renovar su material deteriorado y atender a la explotación.

El ejemplo de que en otros países los gobiernos han impuesto en una u otra forma algún gravamen sobre el servicio de las vias férreas, no puede tener aplicación al nuestro, por la sencilla razón de que en aquellos el Estado ha garantizado un mínimo de interés a los capitales invertidos en esta clase de obras, mientras que en España el Estado no concede esta garantía a los capitales invertidos ó que se invierten en la construcción de las mismas.

La *Epoca* tiene siempre estereotipadas sus contestaciones para ocasiones como la que ha motivado nuestro artículo de ayer, con motivo de la interpretación dada al discurso del Sr. Cánovas.

La *Epoca* prescinde de los argumentos principales y se apodera de los hechos ó argumentos subalternos. Defiende mas su amor propio que el fondo razonable de las cosas, y concluye con un anatema a los intransigentes, pesimistas y retráidos; pero jamás, jamás, ni por casualidad, alega una palabra de prueba para demostrar quienes son esos intransigentes, y en que se funda la intransigencia.

¿Somos nosotros intransigentes? ¿En qué y por qué? ¿Somos exclusivos? Vengan las pruebas. ¿Somos pesimistas? Publique *La Epoca* nuestros escritos y los actos de nuestros amigos que demuestren ese pesimismo. No lo hará nuestro colega; pero no por eso dejará de volver a la carga contra los intransigentes. ¿Se trata de las doctrinas, de los principios fundamentales de nuestra escuela y de nuestro partido? En esto la constancia y la consecuencia no es intransigencia, sino virtud. ¿Se trata de personas? Nuestro partido ha dado en este punto las pruebas mas palmarias de conciliación verdadera, aceptando los servicios de todos y conservando a todos los que han venido al lugar que merecen por sus servicios y por su talento. Es el partido que ha dado menos muestras de envidia. Por eso precisamente no es intransigente, porque no está dominado ni por la envidia ni por la vanidad.

La *Epoca* elogia mucho el carácter del Sr. Cánovas. El Sr. Cánovas tiene muchas cosas por las cuales puede ser alabado con justicia; pero es propio de la flaqueza humana buscar los elogios para la parte débil. Lo comprendemos.

¿Acaso se nos llama intransigentes porque no podemos entendernos con los que nada quieren con nuestro partido? Esto es simplemente decoro.

¿O es que somos intransigentes con los principios y las instituciones nuevas creadas por la revolución? Pues esto es el cumplimiento de nuestro deber.

Quisiéramos que *La Epoca* saliera una sola vez de ese recurso gastado de la intransigencia. ¿Con qué cosas, con qué partidos, con qué instituciones está dispuesta a transigir *La Epoca*? Así acaso llegaríamos a entendernos siquiera sobre este asunto.

Por lo demás, cuando llegue la ocasión de discutir, discutiremos.

El *Imparcial* es implacable con los sagstinos y tira con bala rasa. Cuando se haya perdido toda esperanza hemos de saber cosas buenas; cada fracción de los progresistas lleva su cuenta y razón a la contraria, y el día en que se publiquen los respectivos finiquitos, será cosa de alquilar balcones.

Hé aquí entretanto algunos cohetes exploradores.

¿Cómo se llama ese diputado bien aventurado que tiene nada menos que tres ó cuatro contratos?

El nombre, el nombre: nada de contemplaciones. Que salga a luz el que se traga tan buenos bocadillos.

¿Con qué esas tenemos? ¡Contratos a cenáculos tapados para los diputados amigos!

Emplazarle para el sábado próximo: y si *El Imparcial* no se atreve, que se lo diga al oído a los fronterizos y lo pondrán como nuevo.

Hé aquí ahora los párrafos de *El Imparcial*:

«Ahora resulta que los fronterizos, enojados porque el Sr. Sagasta y sus amigos han andado en tratos de conciliación con los progresistas-democráticos, se proponen no concederles el ingreso en las filas fronterizas, si no declaran antes aceptar todo el programa conservador. Así lo decía ayer un diputado fronterizo en el salón de conferencias. ¿Será que el Sr. Sagasta, sospechoso para los progresistas-democráticos por sus tendencias conservadoras y sus tratos con los fronterizos, se ha hecho también sospechoso para estos?»

«¿Tales son las consecuencias de no tener una política definida, un programa claro, una actitud sin vacilaciones, y de no ir al vado ni a la puente?»

«¿Si tendremos que decir a los sagstinos: "Quien tal hizo que tal pague?"»

«¿Dices que hay un diputado que tiene pendientes en el ministerio de Fomento tres ó cuatro contratos de obras públicas?»

«¿Se podría saber si está o no en el art. 8.º de la ley electoral?»

«¿Habrá algún diario ministerial que conteste a estas preguntas?»

El director del *Magisterio Español* ha dirigido a los profesores de instrucción primaria de la nación una circular, escitándoles a que se reúnan en asociaciones de distrito, acudiendo además a firmar la exposición que ha resuelto elevar a las Cortes el director del periódico citado, en demanda de que se exima del descuento de 12 por 100 a la benemérita clase de profesores, ó a lo mas a que se rebaje aquel a los que cobran mas de 1.250 pesetas anuales, y no se haga efectivo a los que no perciben haberes superiores a dicha cantidad.

En un periódico absolutista leemos lo siguiente: «Terrible poder el de los nombres! decíamos ayer. ¿Con el de *nos* se ha hecho impunemente la guerra a los católicos en tiempo de los moderados?»

«¿Dónde están las pruebas de esa guerra? pregunta un periódico moderado?»

Están en la cátedra, en la tribuna y en la prensa. Están en los libros de texto y en los *lectos ejos*. Están en las exposiciones de los prelados contra esa guerra; están en la historia.

Esto es simplemente inexacto y gratuito.

Pero el Nuncio de Su Santidad ¿qué hacía? ¿por qué no reclamaba contra esa guerra a los católicos hecha impunemente? ¿por qué no se publican las notas del Nuncio?

La prensa moderada, los diputados moderados han dado siempre pruebas evidentes de ser tan católicos lo menos como los carlistas.

No consentiremos jamás ese monopolio que queremos ejercer con la religión y no conseguiremos nuestros fines y propósitos falsificando los hechos.

En cuanto a lo que dice *La Esperanza* es tan absurdo, que no merece siquiera contestación.

El quinto poder establecido en la calle de Carretas, si nuestras noticias son exactas, ha tenido un nuevo descalabro en la persona de su jefe. Este se había permitido indicar en cierta casa la conveniencia de que volviese a ella uno de los mas fieles servidores que acaba de ser políticamente despedido. El amo no tuvo inconveniente en confesar que el servidor reunía las bellas cualidades que en la recomendación se hacían resaltar, pero que no era posible por ahora. El recomendante insistió y aun se atrevió a expresar que el Sanhedrin lo vería con agrado. El amo torció el gesto y terminó la conversación diciendo: que para gobernar su casa él se bastaba. Sentimos este fracaso, que puede herir la susceptibilidad del jefe y la omnipotencia de los comitantes; pero nos consuela la idea de que no será el último.

Los periódicos progresistas que combaten por reaccionario al ministerio Malcampo, nos dan la noticia de que a los gobernadores de varias provincias les ha ocurrido la idea de girar una visita a su respectiva *insula*, con el liberal propósito de preparar los trabajos para las próximas elecciones municipales. En la de Barcelona, al mismo tiempo que la autoridad superior se pasea por el Norte, recorren los pueblos del Sur el jefe de Fomento y otros funcionarios.

Por lo visto la *influencia moral* no era patrimonio exclusivo de los moderados. Verdad es que esta, en el orden físico se sustituyó con la influencia de la *estaca*, que es un gran argumento, y en el orden moral con el descubrimiento de los *lázaros*. No extrañamos, pues, que todas las fracciones mas ó menos revolucionarias se afanen por ver quien lleva el gato al agua, es decir, quien se proporciona el decreto de disolución, en la seguridad de obtener una respetable mayoría en las elecciones que haya. La masa electoral es tan dúctil que, a semejanza de los camaleones, cambia de color según el que predomina en la esfera gubernamental.

Auguramos un triunfo completo en las elecciones municipales y en las de Cortes a cualquier gobierno, aunque tenga tan poca talla como el actual. Las visitas de los gobernadores influirán poderosamente en el cuerpo electoral; si este se presenta un poco rebelde, se le hace entrar en el buen camino con unas cuantas dosis del néctar de los dioses de la fábula; y si a pesar de este famoso agente electoral siguen en sus trece, hay argumentos tan contundentes para convencerlos que nadie resiste a ellos. En último caso se proclama a los candidatos vencidos, alzándolos de sus tumbas, surge *el ambula*, y se grita: *¡viva la libertad!*

¿Qué tiempos tan ominosos los del moderantismo! ¿Qué época tan dichosa la de los progresistas!

Desconsoladora, pero necesaria, es la tarea que nos hemos impuesto al consignar en nuestras columnas la impresión que ha causado en las bolsas extranjeras la noticia del proyectado impuesto sobre la deuda exterior: desconsoladora, porque a fuer de españoles, sentimos ver nuestra proverbial honradez escarrocada y vilipendiada por los diarios extranjeros; necesaria, porque preciso es que la culpa recaiga únicamente sobre los que con sus desacertados proyectos han dado lugar a que tan severa como injustamente se acuse al noble pueblo español.

No vamos a entrar en el examen de la justicia y necesidad del impuesto. Si como aseguran los

diarios a que aludimos, se ofreció que en manera alguna se gravaría el nuevo empréstito, debe el gobierno tener en cuenta esta solemne promesa, por mas que fuera hecha por otro ministerio; si por el contrario, tal oferta no existe, dígame terminantemente, para que todo el mundo sepa que no se ha tratado de burlarse de los contratos, como dice el *Diario de los Debates*, ni mucho menos, como estampaba el *Times*, llevar a cabo un acto de bancarrota.

Esto pedimos para saber a qué atenernos, y creemos que no podrán tacharnos de exigentes los diarios ministeriales.

Hé aquí ahora lo que acerca de este asunto hallamos en la prensa:

Bajo el epígrafe de la *Probiidad española* publica *La Liberté* de París del 6 del actual el siguiente suelto firmado por Jules de Précy.

«El *Diario de los Debates* emplea una columna de la prosa de M. John Lemoine, escritor simpático y que no se remota a las nubes, para culpar la conducta del gobierno español, que está próximo a escitar la admiración del mundo por su cinismo y su mala fe.

«Teniendo necesidad de dinero hace un mes, el gobierno español, apeló a las capitales de todos los países, estipulando que el nuevo empréstito, por lo menos en la parte de suscripción extranjera, estaría exento de toda contribución ó descuento. El empréstito, se cubrió por cinco ó seis veces su valor, y como este resultado ha dado al ministro de Hacienda muy alta idea del crédito de su país, nuestro hombre ha imaginado proponer a las Cortes un impuesto de 18 por 100 sobre las deudas interior y exterior sin distinción alguna.

«El *Diario de los Debates*, a pesar de sus ardientes simpatías por la desamortización de España, encuentra este proceder algo inconveniente, y M. John Lemoine termina diciendo:

«España, con la gran facilidad que muestra para burlarse de todos los contratos, está en vias de matar la gallina. Francia, después de todo lo que acaba de sufrir, se ha guardado muy bien de establecer impuesto alguno sobre la renta, porque respeta el crédito, que es la gallina de los huevos de oro, y España, que está discutiendo si perseguirá ó no a la Internacional, se sirve de sus doctrinas y practica la propiedad colectiva.

«Esto está muy bien, añade por su parte *La Liberté*, pero permítanos recordar al *Diario de los Debates* que Italia sigue poco mas ó menos la misma conducta que España. Este 18 por 100 es una importación italiana.

El rey Amadeo y sus consejeros están aún en el principio; ya veremos otras muchas cosas.

A las anteriores líneas de *La Liberté*, comentando lo dicho por el *Diario de los Debates*, añade de su cosecha en un suelto aparte las siguientes líneas:

«Desde ahora hay pues motivo para considerar como un hecho consumado esta falta y esta iniquidad.

El *Times* del 4 en el artículo que diariamente consagra a la reseña de la Bolsa, inserta el párrafo siguiente:

«Al paso que el 4 1/2 por 100 alemán desaparece rápidamente del mercado, hay poca demanda de valores austríacos y los españoles han sufrido una gran baja desde que ha llegado a conocerse que se intenta un nuevo acto de bancarrota. «Por espacio de 20 años, nuestra Bolsa no ha tenido nada que ver con los fondos españoles, después de haber perdido grandes sumas en anteriores bancarrotas; y cuando habíamos vuelto a tener confianza, contando con la estabilidad y buena fe del nuevo gobierno, nos encontramos con que es peor de lo que nos habíamos creído. España ha matado su crédito que iba renaciendo aquí, donde pudo haber colocado sus empréstitos en grandes cantidades.

La escitación no es menor contra el gabinete español en Bélgica, Holanda y Francia, a juzgar por los siguientes telegramas recibidos en Madrid, el primero de los cuales, que es oficial, lo tomamos de *El Imparcial* de ayer, y el segundo lo hemos recibido directamente de la *Agencia Fabra*:

«Bruselas 5.—El ministro de España al señor ministro de Estado:

Los banqueros y tenedores de fondos españoles en Bélgica y Holanda, se oponen ardientemente y preparan protestas al impuesto sobre la renta exterior. Mañana salgo para el Haya a presentar mis credenciales.

París 6.—Casi todos los periódicos se ocupan del proyectado impuesto de 18 por 100 a la deuda española.

El *Diario de los Debates* confía que el gobierno español no insistirá en su propósito, que dicho periódico considera perjudicial al crédito de España.

Hace tres días decíamos que tan pronto como se rompiera la conciliación, saldría de nuevo a relucir el asunto de los cinco mil duros de la suscripción para los perjudicados por las inundaciones de Alcaira.

Anteayer se declaró ya rota la conciliación; y ayer, sin esperar mas tiempo, publicaba *La Nación* el siguiente párrafo:

«Una pregunta a *La Liberté*:

¿Quiero decirnos el periódico del votoamos en si el nombre del gobernador de Valencia a quien la redacción de *La Liberté* remitió los cinco mil y tantos duros, producto de la suscripción para remediar los desastres ocasionados por la inundación de Alcaira?

Suplicamos a *La Liberté* una pronta y satisfactoria contestación a la anterior pregunta.

Hay necesidad absoluta de saber a donde fueron a parar esos miles.

Si, como es de suponer, no se retrocede en el camino emprendido, los desechados van a decir muy buenas cosas.

El ministerio de Ultramar ha terminado el pliego de condiciones para anunciar la subasta del servicio de vapores-correos a Filipinas, y previas las formalidades de la ley, se publicará en breve en la *Gaceta*.

Parece que ya están acordados los nombramientos de D. Tomás Arderius para el cargo de gobernador de Burgos, y el de D. José Rodríguez Alvarez para el mismo cargo en Salamanca.

Llamamientos para hoy 8:

Caja de Depósitos.—Intereses de nuevos resguardos, 1657 y 1676. Caja por nuevos resguardos, que no excedan de 3.000 pesetas por billetes del Tesoro, de 151 a 170.

Tesorería central.—Cupon de bonos vencidos en Junio, carpetas 545 a 567. Bonos amortizados, carpetas 541.—Billetes del Tesoro, vencidos, facturas 354 a 358.

Se asegura que la Internacional se propone publicar dentro de algunos días, y por medio del comité central de Londres, un manifiesto a los obreros de Europa y de América, rechazando las acusaciones lanzadas contra la asociación, y especialmente en lo que se refiere a su participación en la Commune de París.

Se asegura tambien que este manifiesto contendrá algunas modificaciones en el programa de la asociación.

La Internacional, por lo visto, trata de recoger velas, visto el mal resultado que va obteniendo en todos los países civilizados. La Internacional ha descubierto

demasiado el bulto, y aparenta enmendar sus errores mas groseros. Es tarde.

Por el ministerio de la Guerra ha sido aprobada una plantilla para la distribución del personal de generales, jefes y oficiales de dicho cuerpo, en armonía con las necesidades del servicio de la Península.

La compañía de vapores trasatlánticos de Hamburgo ha resuelto que durante el invierno toquen sus vapores en Santander una vez al mes, dirigiéndose en derecha a la Habana desde dicho punto.

Ayer debieron llegar a Madrid los siete catalanes que promovieron la huelga de los panaderos en Valencia.

Del 12 al 14 del actual saldrá de Cádiz un vapor conduciendo 1.000 hombres con destino al ejército de Cuba.

Parece que se han suspendido las obras de prolongación del ministerio de la Guerra.

Esta noche empezará la comisión de presupuestos a discutir el dictamen de la subcomisión de ingresos leído anoche.

De la *Agencia Fabra* recibimos ayer y anteayer los siguientes telegramas:

París 6 tarde.—Continúan las negociaciones en sentido muy favorable entre los gobiernos de París y Londres, para modificar el tratado de comercio con Inglaterra.

El premio del oro es de 20.

Hoy se han cotizado:

El 3 por 100 francés y 57,35.

El 3 por 100 id. 49,45.

El exterior interior a 29,18 1/2.

Id. exterior a 33 5/8.

Londres 6.—A primera hora se cotiza:

El 3 por 100 español a 32 7/8.

Berlin 6.—El consejo federal alemán ha aprobado el proyecto presentado por el gobierno, sobre la introducción de moneda de oro.

Londres 6.—Han cerrado los fondos:

Inglés a 93.

Franceses a 54 7/8.

Españoles a 33.

El premio del empréstito español es de 1 7/8 a 2 1/8.

Berlin 7.—La *Gaceta* de la Alemania del Norte publica un violento artículo contra Bélgica, diciendo que es el centro de acción de los conspiradores ultramontanos y comunistas, y aconseja a la prensa belga que combata la Internacional negra y roja.

Amberes 6.—Espanol 32.

Amsterdam 6.—Espanol 33 3/16.

SECCION DE PROVINCIAS

Bajo el epígrafe de *Historia publica el Diario de Zaragoza* de ayer el siguiente suelto, que no necesita comentarios:

«Dos jóvenes fornidos y robustos acercáronse días atrás pidiendo limosna a un amigo nuestro.

«¿Por qué no trabajan Vds.? les dijo.

«Señor, porque no encontramos trabajo, respondieron.

«Pues bien; esta tarde me esperan Vds. a las tres en la plaza de la Constitución y yo les emplearé.

«Efectivamente. A esa hora nuestro amigo se llevó a una fábrica de su propiedad a los dos pobres, y les dijo que se ocuparian.

«¿Y cuánto ganaremos? le preguntaron.

«Diez reales diarios cada uno.

«¡Otra! Pues para eso mas ganamos pidiendo limosna en el Coso.»

Leemos en el *Diario de Palma*:

«A bordo del vapor *Mallorca* ha llegado a esta capital el archiduque Luis Salvador de Austria con el título de conde de Neudorf, autor de una preciosa obra sobre descripción de la isla de Ibiza. Dicho señor tiene establecido su domicilio en esta ciudad, calle de Formiguera y casa de este nombre.»

Hé aquí en qué términos explica el *Eco de Extremadura*, diario de Badajoz, el suceso de que se han ocupado algunos periódicos de esta corte, ocurrido en aquella ciudad entre dos sacerdotes:

«Un joven y virtuoso sacerdote de esta capital que desde hace algunos meses ha ofrecido síntomas inequívocos de tener trastornada su razón, acometió navaja en mano, en la tarde del 28 del corriente, al ilustrado arcebispo de este cabildo catedral, D. Francisco Sanchez y Juarez, hirándole levemente en un costado. La circunstancia de haber tenido lugar este suceso en uno de los sitios mas públicos de la capital, fue causa de que el desgraciado agresor no pudiese consumar su obra. El Sr. Juarez tuvo que hacer cama a consecuencia del suceso. No habia mediado entre ambos ni la mas ligera indisposición que motivase tal atentado.

Como se ve, el hecho no ha sido ocasionado por una intención criminal, sino efecto de una enajenación mental, y lo consignamos en nuestras columnas para desvanecer cualquiera sospecha que haya podido nacer en los ánimos la relación desahogada del suceso a que nos referimos.

De Baix (Almería) dicen:

«En los parajes llamados barranco de Carcasón y Cañuelos, han sido arrambladas todas sus tierras, llevándose cortijos enteros, con todo cuanto contenían dentro, un molino de agua juntamente con su casa habitación, teniendo sus moradores que salir casi desnudos a refugiarse a parte segura, para evitar el perder la vida, quedando por consiguiente en la mayor miseria los habitantes de tales parajes.

No puede pasarse por alto, señor director, el denuesto y arrojado de Juan Ortega Jaraba y Antonio Ibanes Navarro, que viendo el embote que hacia el agua por una presa que le impedía el paso, y esto hacia el estar anegadas muchas casas y a peligro de perecer muchos de sus moradores, se lanzaron en medio del peligro, y al tiempo de quitar el entorpecimiento de la corriente, fueron arrastrados por ella, y hubieran indubitablemente perecido si a la luz de los relámpagos no hubieran logrado asirse al borde de una cerca que habia en el trayecto.»

La *Federación*, periódico internacional de Barcelona, dice que la Internacional no tiene representante alguno en el Congreso, pues si lo tuviera, habria pedido la proscripción que los conservadores piden para dicha asociación, a fin de deslindar los campos cuanto antes.

SECCION EXTRANJERA

En la sesión del 3 del actual el 6.º consejo de guerra de Versalles, después de leída el acta de acusación contra los 27 acusados del asesinato de los generales Leconte y Thomas, se procedió a la lectura de la acusación particular contra cada uno de los presuntos reos y al interrogatorio de los mismos, empezando por Verdague, que figura a la cabeza. Este individuo sirvió durante siete años en los suavos. Empleado después en el camino de hierro de Tolon, se casó, tuvo un hijo y era sacristán en su país. Al estallar la guerra se enganchó en el ejército por el tiempo de su duración. Teniente en

una compañía de franco-tiradores del departamento del Var, pretendió haber muerto 272 prusianos, de 400 que habia en Entretout.

Exentos de interés político vienen los diarios franceses recibidos ayer y que corresponden al domingo, a excepción de las consideraciones que se les ocurre con motivo del impuesto de la deuda exterior española, de que nos ocupamos en otro lugar.

Vanse descubriendo nuevos escándalos en las contrataciones para aprovisionar el ejército del Norte, habiendo sido presos con este motivo tres contratistas y un jefe de división.

Y ya que hablamos de prisiones, la del doctor Billot, miembro de la Commune, de que se ocuparon algunos diarios parisienses, no ha resultado cierta; habiendo sido puesto en libertad la persona con quien se habia equivocado.

Parece que ya que M. Thiers no ha accedido a la continuación de la pena impuesta al conde de Rochefort y que fué solicitada por Victor Hugo, se trata de dilucidar en lo posible el rigor de su encarcelamiento.

Prepárase para el referido Rochefort en la cárcel de Tours, a donde debe ser conducido, en breve, una sala, una aloba y un cuarto de tocador. A este propósito, dice un diario francés: «Solo falta para la distracción del Sr. Conde, una sala de armas; pero indudablemente esta falta consiste en que M. Rochefort no ha creído conveniente ocuparse de mandarla establecer.»

Las noticias de Berlín alcanzan al 4 del actual, en cuya fecha se habia discutido en el Reichstag por segunda vez el proyecto de ley relativo al tesoro de la guerra del Imperio.

El párrafo 1.º fué aprobado, siendo desechada una enmienda para que la Asamblea no prestase mas que una adhesión provisional al principio del Tesoro, después de haber sido combatida por M. de Bismark, quien insistió en la necesidad de dicho Tesoro, como lo habian penosamente necesitado los sucesos del año pasado.

«La enmienda en cuestión, continuó diciendo M. de Bismark, reivindicada para el Reichstag el derecho de impedir la movilización con una discusión pública sobre las causas de la guerra, durante su primer período. La libertad de acción del imperio se encontraría coartada, y si se aprobase la enmienda la ley seria completamente inaceptable.

En seguida se aprobó el segundo párrafo relativo a los medios de completar el Tesoro que habia sido desechado por la comisión, así como el tercero y último.

La *Correspondencia de Berlín*, contestando a un artículo del *Diario de los Debates*, declara que en las conferencias que tuvieron lugar en Biarritz entre M. de Bismark y el emperador Napoleón no se trató de cuestión alguna política.

La *Gaceta de la Alemania del Norte*, publica un comunicado en que se manifiesta que la actitud conciliadora de Alemania respecto de Francia es motivada por el interés alemán, que es espontánea é inspirada además al gobierno del imperio por el deseo de asegurar una paz duradera.

El comunicado añade que un diario de París ha hablado acerca de este asunto, de consejos dados al gobierno imperial por los gabinetes europeos, y asegura que la Europa se ocupa poco de Francia, y que los consejos de los demás gobiernos, caso de haberse dado, que asegura de nuevo que no lo han sido, tendrían un efecto enteramente contrario a los deseos de Francia; y termina diciendo que la publicación de semejantes noticias, no tiene en manera alguna a consolidar relaciones pacíficas entre los dos países.

Nos parece que el lenguaje del diario alemán no puede ser mas explícito, y si añadimos lo espuesto por M. de Bismark en la discusión de la ley del Tesoro de guerra, Francia debe saber a qué atenerse respecto a lo que puede esperar del imperio alemán en el momento en que trate de mejorar su situación respecto del mismo imperio, por otros medios que una conducta amistosa y directa.

Hé aquí los nombres del nuevo ministerio austriaco propuesto por el baron de Kellersperg: Presidente y ministro del Interior, M. de Kellersperg; Hacienda, M. de Holzgethan; Cultos, M. Stremayer; Comercio, M. Planer; Justicia, M. Ohlmutzky; Defensa del país (Guerra), M. Scholl y Agricultura, M. Grocholski.

En su programa el baron de Kellersperg desaprueba la política de transacción y propone la disolución de las Dietas de Bohemia, de Moravia, de Carmania, de la Alta Austria, de Galitzia y de la Bukovina.

El rescripto imperial fué leído a la Dieta de Bohemia el 4 del actual, por el cual se invitó a la Dieta a enviar diputados al Reichstag de Praga, incurriendo en una grave responsabilidad los diputados que

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SR. SAGASTA.

Sesión del día 7 de Setiembre de 1871.

Abierta la sesión a las tres menos cuarto y leída el acta de la anterior fué aprobada.

Varios señores diputados hicieron preguntas sobre diversos expedientes.

El Sr. ROJO ARIAS dijo que luego que terminara la cuestión de la Internacional, esplanaría su interposición sobre fondos de donativos particulares.

El Sr. NÚÑEZ DE VELASCO pidió el expediente de concesión del canal de Castilla, para ver las cláusulas relativas al derecho de riego que tienen los pueblos por donde aquel pasa.

Entróse en la orden del día, después de haber aplazado el Sr. Becerra el apoyo de una proposición de ley aboliendo la pena de muerte, y continuó la discusión pendiente.

El Sr. MONTERO RIOS (D. Eugenio): Tenía el propósito de no tomar parte en esta discusión, porque, dado el estado del país, el desarrollo de esa desgraciada asociación llamada la Internacional, y los medios que la prudencia aconseja para combatir sus efectos en el orden social, creía yo que no había llegado todavía el tiempo de destruir, pero sí el de gobernar. Me había convencido de que en discusiones en que toman parte las eminencias de la ciencia y de la tribuna, nada nuevo podía yo decir, a lo cual se agrega mi estado valedudario. Todo esto me hacía perseverar en mi propósito de guardar silencio; pero habiendo tenido la honra de presentar a las Cortes la reforma del Código, honra que estimo y no renuncio a ella, han sido tantas las alusiones que se me han dirigido con este motivo, que no puedo menos de importunar a los señores diputados.

Me respetable amigo el Sr. Alonso Martínez, que fué uno de los que no solo me aludieron, sino que me interpellaron, creía necesario que se manifestase aquí por todos los lados de la Cámara el concepto en que eran entendidos los derechos individuales, y a la vez exigía que el que había presentado la reforma del Código penal declarase el sentido del art. 198, que a estos derechos se refiere.

Señores, cuando será el día en que se haya cerrado para siempre el período constituyente y nos limitaremos al constituido? Llevamos discutiendo sobre la inteligencia de los derechos individuales desde que fueron objeto de debate al consignarse en el artículo constitucional, y quiere Dios que con esta discusión termine para siempre semejante tarea!

Para mí no ha sido nunca dudosa, ni siquiera oscura la cuestión relativa a los derechos individuales; yo he creído siempre que el derecho, como cualidad inherente a la naturaleza racional, tiene una existencia anterior y superior a la ley positiva; yo he creído que este derecho tiene manifestaciones concretas en la vida de la humanidad y en la vida social, y que las manifestaciones concretas y parciales de este derecho, así en la vida social como en la política y civil, es lo que nosotros llamamos derechos individuales.

Yo entiendo, por tanto, que si el derecho es una cualidad inherente a la naturaleza racional del hombre, si es anterior y superior a toda legislación positiva, sus manifestaciones, que se conocen con el nombre de libertades individuales, son también anteriores y superiores a esa misma legislación positiva, y el legislador no puede por consiguiente suprimir, destruir esas manifestaciones; no puede siquiera arbitrariamente limitarlas porque la limitación es la supresión parcial del derecho sobre que recae.

Pero mi antiguo amigo el Sr. Alonso Martínez encontraba una fuente de limitación para estos derechos, para estas manifestaciones parciales del derecho, en el Estado, no en cuanto el Estado es el representante del derecho de los asociados, sino en cuanto es una entidad diversa que tiene funciones propias que no consisten en el ejercicio del derecho de aquellos a quienes representa, y que por consecuencia puede imponer a esos derechos del individuo limitaciones que proceden del ejercicio del derecho de los demás individuos.

Yo no he de entrar en un debate sobre este punto gravísimo. S. S. presenta una teoría sobre la noción del Estado, que yo respeto, pero que no es la que predomina en los bancos que se sienta. Al lado de esta teoría del Sr. Alonso Martínez está la del Sr. Cánovas, que viene a reducir las funciones del Estado a reprimir; y cuando personas tan importantes entre las que profesan ideas conservadoras están en esta abierta oposición, ¿a mí me toca que hacer más que ponerme en este punto del lado del Sr. Cánovas.

Pero decía este señor diputado que no creía posible el ejercicio pacífico de los derechos individuales en ninguna sociedad en que hubiese perdido su fuerza el sentimiento religioso.

Voy a hablar por mi cuenta, porque no creo que, dada la Constitución que nos rege, forme parte del credo de ningún partido político nada que se refiera a creencias religiosas. Yo creo también que en el mundo moderno hay dos gravísimos problemas que resolver, de los cuales depende nuestro porvenir: el armonizar la democracia con la libertad individual, y la libertad individual con la idea religiosa, que para mí que soy católico, tiene su forma más pura y más íntegra en la idea católica.

Yo creo también que a la democracia moderna no se le puede contentar por ninguna de las fuerzas que la sociedad dispone, y que no hay más que transigir y reconciliarse con esa democracia que todo lo va absorbiendo, porque es menester evitar dos terribles conflictos, el de la tiranía de las masas, o sea la anarquía, y el de la tiranía de los Césares, o sea el cesarismo. Para esto es indispensable infundir en la democracia el aliento de la libertad individual, que es la única que puede corregir este gravísimo peligro.

Creo también que la libertad individual, para ser fecunda en el orden social, debe inspirarse en el gran principio del deber, que tiene su base más firme en el sentimiento religioso. Pero hay una diferencia entre el Sr. Cánovas y yo. El Sr. Cánovas va en busca de esa gran fuerza moral religiosa por la senda del privilegio, y yo voy a buscarla por las incommensurables vías de la libertad individual. El Sr. Cánovas quiere robustecer esa fuerza, atrincheraándose en un aporillado baluarte de la autoridad política, y yo, por el contrario, quiero que esa fuerza vaya a luchar con las demás fuerzas de la democracia en el campo inmenso del derecho común. ¿Quién tendrá la razón en esto? El porvenir lo dirá; pero hay una ventaja para mí: buena o mala la democracia, buena o mala la libertad individual, su imperio en estos tiempos es inevitable, y lo mejor en ese caso es moderarla para que su influencia sea benéfica a la causa de la humanidad.

Pero abandono este terreno y voy a ocuparme del Código, y especialmente de su art. 198.

Al interpellarme el Sr. Alonso Martínez, se olvidó del adagio de que no debe tirar piedras al tejado del vecino quien tiene el suyo de vidrio; y digo esto porque en la sesión del 20 de Octubre manifestó que la moral pública para España es aquella que se ha tenido por conveniente afianzar por medio de una sanción penal. (El Sr. Alonso Martínez: Dije que no podía ser menos que eso, pero que era más que eso. Yo he entendido, al menos por el *Extracto*, que S. S. comprendía que la moral era algo más que el Código penal; que podía haber otros contra-

rios a la moral que dieran por resultado la declaración de ilícita de la asociación que los tuviese por objeto, por mas que esos actos no constituyesen delitos definidos en el Código penal.

Pues si esto es así, si cuando en la sesión del 25 me interpellaba S. S. creyendo que la moral pública para los efectos del art. 17 de la Constitución y del 198 del Código penal comprendía mas actos que los definidos en el Código penal como delitos, el Sr. Alonso Martínez no estaba muy de acuerdo con S. S. mismo en la sesión del 20, cuando decía que la moral pública había sido objeto de una sanción penal.

No pretendo deducir de aquí otra cosa mas, sino que cuando una inteligencia como la del Sr. Alonso Martínez no tenía sobre este punto una solución profundamente definida, nada de particular tiene que aquel a quien directamente interpellaba careciese de esa misma solución. Por fortuna no es así; la tengo, y la voy a esplanar en breves palabras.

Pero antes habré de decir a mi ilustre amigo el señor Salmeron que me ha sorprendido el que haya incurrido en un error tan grave como el negar fuerza obligatoria de carácter legislativo al Código penal.

Decía el Sr. Salmeron que habiendo sido votado por autorización en tanto que se discutía en la legislatura inmediata, y habiendo transcurrido esta sin cumplirse esa cláusula, el Código era una letra muerta. Si este razonamiento fuera exacto, ¿no tendríamos Código, o habría que recurrir al anterior? Concede el Sr. Salmeron que pudiera existir la nación española sin un Código, a cuyo temor hubiesen de ser castigados los delitos que se cometieran? Pues si la reforma de 1870 había perdido su fuerza obligatoria, ¿qué ley penal tendríamos? ¿El Código de 1869? Le desearía el Sr. Salmeron en reemplazo del actual?

Pero ¿es exacto el razonamiento de S. S.? Las Cortes, al autorizar el planteamiento de la reforma del Código penal, dijeron que hasta la próxima legislatura no se discutiría; pero voluntariamente, sin que nadie lo exigiese, a la siguiente legislatura no lo discutieron.

Ahora bien; las Cortes que tuvieron poder para plantear el Código reformado por autorización hasta la próxima legislatura, ¿no pueden tenerle para prorrogar el planteamiento de ese Código? Claro está que sí; y no es que yo desee que no se discuta el Código, que estará, sin duda, plagado de errores y defectos. Creo que de la discusión a que haya de someterse, saldrá purificado; pero del deseo de que se discuta no puede deducirse el razonamiento del Sr. Salmeron.

Y volvamos al art. 198 y a la moral pública.

No necesito indicar siquiera que tengo como primera cosa que decir lo que entiendo por moral pública. Creo que la moral tiene fundamentos eternos, cuya naturaleza no habré de determinar, pero fundamentos que son de una verdad universal, clara y evidente; corresponden al mundo antiguo y al moderno; son admitidos en todos los grados de civilización y por todos los hombres; fundamentos y principios eternos que reconoce el mismo que los infringe en el acto de infringirlos. En la aplicación de esos principios eternos que ningún pueblo ha desconocido, está para mí lo que constituye la moral pública. Esos principios que forman un Código escrito con caracteres indelebiles en la conciencia humana; esos principios que no son patrimonio de ningún pueblo ni de ninguna religión política, son los que han servido de modelo a lo que se llama comunmente costumbres públicas.

Pues bien: yo entiendo por moral pública esto, y nada más que esto.

Yo me comprendo en la moral pública las últimas deducciones del principio moral, esas que son discutibles dentro de cada época, de cada escuela y hasta de una misma religión positiva; y siendo esto así, claro es que la moral a que el Código se refiere es la que descansa en los fundamentos indiscutibles.

Yo me encontré con un artículo de la Constitución que decía: «No pueden ser privados los españoles del derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana que no sean contrarios a la moral pública.» Al reformar el Código y al incluir en él una sanción para los derechos que la Constitución consagraba, hubo de tener presente el art. 17, y por consecuencia dije en el 198 del Código: «Son asociaciones ilícitas aquellas que no sanciona el art. 17 de la Constitución, aquellas cuyo objeto o cuyas circunstancias son contrarias a la moral pública.»

Pero se dice: ¿puede el Código penal sancionar aquella parte de la moral que por otro lado no se incluye en ninguna de las categorías que en el mismo se comprenden? ¿Puede tomar a su cargo el Estado la protección de aquella parte de la moral que no sanciona el Código por una declaración de delincuencia? Yo creo, como el Sr. Alonso Martínez, que las esferas de la moral y del derecho son concéntricas; pero ¿es que todo está reducido al derecho penal? Una parte de la moral está sancionada por el derecho civil, otra por el penal; una parte de la moral tiene su sanción bastante en el derecho civil, otra no tiene sanción bastante eficaz en ese derecho.

Cuando el interés individual es bastante para asegurar en su cumplimiento la ley moral, el legislador se abstiene de establecer delitos; pero cuando el interés individual no es bastante, acude el legislador y los determina.

Este fué el punto de partida del razonamiento, que dió por resultado el art. 198 del Código penal. ¿Es fácil que en la práctica de cada día se presente un solo caso que no esté comprendido en ninguna de las categorías del Código? Yo creo que no; y aunque se presentara, todavía está el art. 456, que dice que es delito todo acto contrario al pudor y que no esté incluido en las demás categorías.

De suerte que en esa disposición de carácter general y supletorio, es muy difícil que no estén comprendidos todos los actos inmorales que pueden ser objeto de penalidad.

El Sr. ALONSO MARTINEZ: Me felicito de que habiendo provocado las explicaciones que acabamos de oír, ¡bien sabe Dios que esa provocación no la hice con un espíritu de hostilidad ni al Sr. Montero Rios ni al Sr. Ruiz Zorrilla! Creí, por el contrario, prestar un gran servicio, no solo a estos señores, sino a su partido, porque era fatal para la causa pública el silencio en que se encerraba el partido progresista histórico. (Rumores). Aludo a la parte del partido democrático actual que procede del antiguo partido progresista histórico.

Se ha lamentado el Sr. Montero Rios de que se discuta en el Parlamento español como si perpetuamente hubiéramos de estar en un período constituyente. También yo me he lamentado de eso mismo, y aunque fuera de este sitio me he ocupado ampliamente de los derechos individuales y de la noción del Estado, aquí no he querido faltar a las conveniencias parlamentarias y he tratado la cuestión en el terreno del derecho constituido.

Hoy mismo he de procurar esa sobriedad, y eso que han sido tantas las alusiones que se me han dirigido, que faltaría a un deber de cortesía si no dijese algo, tanto de los derechos individuales, como respecto de la noción del Estado.

Lo que yo he sustentado es: primero, que los derechos individuales, independientemente de toda ley escrita, son en sí mismos limitados; segundo, que la limitación en el individuo nace, no solo del derecho de los demás individuos, sino también del derecho del Estado; y tercero, que estas dos leyes son indiscutibles con arreglo a la Constitución del país.

Recuerdo, señores, a propósito de esta cuestión, que

el Sr. Castelar me acusaba de que yo tenía una noción falsa de esos derechos, porque tenía horror al estudio de la naturaleza humana.

Los que tienen horror a ese estudio son los krausistas, a cuya escuela pertenecen S. S. y el Sr. Salmeron. Yo a lo que tengo horror es al dogmatismo; tengo espíritu cartesiano. Yo digo: el hombre como tal, sin manifestarse en ningún medio social, es un mito que no ha existido nunca; yo pregunto: el hombre al nacer, ¿no tiene derecho a la existencia? ¿No tienen sus padres el deber de alimentarlo? Desde que existen padres e hijos, el nacimiento del hijo ¿no limita la libertad de los padres? Pues no pudiéndose considerar al hombre en abstracto, los seres coexistiendo limitando los derechos.

El Sr. Castelar me acusaba de casuista. Cuando se dice que el Estado no tiene derechos, decía yo: si es verdad esto, ¿cómo en las Constituciones se dice que el ciudadano tiene obligación de tomar las armas cuando sea llamado por la ley? A esto no se sabe qué contestar, y a esto se llama casuismo.

Dice el Sr. Salmeron que el Estado no es mas que un poder. Si este poder no tiene derechos, santificas la fuerza. El Sr. Pi y Margall, que conoció lo peligroso de esta teoría, dijo: el Estado es un poder, no tiene derechos, pero tiene deberes. Pero, señores, el deber y el derecho ¿no son ideas correlativas? ¿Cómo se puede tener deberes sin derechos? Yo voy a demostrar que el Estado los tiene.

¿Es el hombre sociable? Todos convienen en la afirmativa. Luego la sociedad es un hecho necesario que no depende de la voluntad del hombre. Pues bien; donde quiera que hay asociación, surgen la ley y el poder. El Estado es el poder social, que tiene en primer término, antes que todas las funciones, la misión de hacer la ley. ¿Pues qué sois vosotros si el Estado es el poder social, que yo no confundo con la sociedad? Vosotros sois parte integrante del Estado, y como tal legisla con el Rey. ¿Qué es legislar? Bastaría desentrañar esta idea para convencer de falsedad la teoría del absolutismo de los derechos individuales.

Pero no entraré en ese examen: trataré la cuestión en el terreno del derecho constituido. Eléjigo el derecho que queráis, y os probaré su limitación con arreglo a todas las Constituciones del mundo, y os probaré además que esa limitación existirá siempre.

¿Creéis que hay un derecho individual más estenso que el de la palabra? Pues en todas las Constituciones y Códigos esta el delito de calumnia: está, pues, la palabra limitada, como todos los derechos. Aquí se confunde el poder con el derecho: tenéis el poder de calumniar, no tenéis el derecho.

Señores, los organismos humanos están sujetos a la ley moral, como los de la naturaleza física a las leyes físicas. Por consiguiente, los derechos individuales se imponen al Estado dentro de mi teoría, porque el límite del Estado está en el derecho; pero dentro de la Constitución esos derechos se limitan por los del Estado. ¿Y cómo puede negar esto el Sr. Montero Rios, autor de la reforma del Código?

Para probar que los derechos del Estado limitan los del individuo, no hay sino fijarse en el índice del Código: título I: delitos contra la seguridad del Estado. ¿Qué reza el artículo que demuestra que puesto que hay delitos contra el Estado, el Estado tiene derechos? Si hay delitos de traición, de rebelión, de sedición, gestos delitos son arbitrarios, artificiales, o son nociones de los derechos del Estado? ¿Es que la sociedad ha estado entregada durante siglos al error, y estos delitos desaparecerán con el tiempo? Señores, esto no es serio: no quiero detenerme en examinar fantasmas, ni esta Asamblea es una academia donde puedan tratarse estas cuestiones.

Vamos a la parte práctica del debate. Después del discurso del Sr. Montero Rios es fácil mi tarea. S. S. ha convenido en que el derecho de asociación, que es individual, está limitado en la Constitución, porque no es lícito asociarse para fines contrarios a la moral pública. Pero S. S. cree que yo no he explicado bien lo que significa moral pública. Lo que yo he dicho es lo siguiente: en el artículo constitucional está claro ese límite; y digo, la moral pública en una Constitución libre-eulista no puede ser la de una religión positiva; pero debe haber una moral.

La moral y el derecho son dos círculos concéntricos, y la primera no puede menos de consistir en el conjunto de instituciones que la ley ha creído necesario garantizar con una sanción penal. Es decir, la moral pública en España consiste en la existencia de la patria, del Estado, de la familia y de la propiedad, porque estas instituciones garantidas están por una sanción penal en el Código.

¿Hay una sociedad que tiene por objeto destruir estas instituciones? Pues es contraria a la moral pública. Además, la sociedad española ha vivido por siglos bajo el cristianismo, y la moral pública española no puede menos de confundirse con la moral cristiana. Y en efecto, si esto no es la moral, no puede menos de desaparecer por entero el Código penal. Examinad el Código: delitos contra el Estado; delitos contra la patria; delitos contra la familia; delitos contra la propiedad. Si suprimis todo esto, ¿qué queda?

Al decir esto el otro día, no tenía presente un hecho importante que debo citar a los señores diputados.

En los Estados Unidos no se permitía el contacto de los mormones con los demás habitantes, y todos sabían que, perseguidos, fueron a establecerse a orillas del lago Salado. Al principio habían ocultado hipócritamente sus tendencias para no concitar las iras del poder, y no proclamaron la poligamia; pero cuando se creyeron seguros por la distancia, elevaron la poligamia a dogma religioso. Hoy la magistratura de los Estados Unidos, luego que se han establecido comunicaciones fáciles con el lago Salado, ha empezado a procesar al pontífice de los mormones. Los juriconsultos han dicho: «la monogamia es la ley de los Estados Unidos; atacarla es atacar la moral de este país.» Otros han ido más adelante, y han dicho: la monogamia es la base de la moral universal, y combatirla es atacar la moral de todo el mundo. En virtud de esta doctrina, han incapacitado a los mormones para ser jurados, y al pontífice le han juzgado, no por sus pares, sino por sus enemigos. Aquí verá el Sr. Montero Rios como no hay diferencia entre esta manera de ver y la inteligencia que yo doy al art. 198 del Código.

El Código no pena mas que hechos concretos; pero si yo predico que la poligamia es justa y santa, y proclamo el adulterio, propago una cosa contraria a la moral pública y cometo un delito previsto en el Código.

Lo importante, sin embargo, es que el Sr. Montero Rios haya convenido en que el derecho de asociación está limitado por el Código penal. Ha ido mas adelante, señores: cree que está limitado también por el Código civil y administrativo. Yo me felicito de haber provocado esta explicación.

Convenidos en la cuestión de derecho, ¿qué queda? La de apreciación. ¿Es contraria a la moral pública la Internacional? Si me preguntáis si es contraria a la moral pública la negación de la patria, de la familia y de la propiedad, digo que sí, esclama el Sr. Montero Rios; pero dice S. S.: no hay que confundir los poderes, y la aplicación de las leyes no corresponden sino a los tribunales.

Estoy conforme con eso; pero ¿quiere decir que los diputados no tengan mas derecho que el de esponer aquí su opinión? No; en primer lugar, aquí se discute una proposición para declarar que la Cámara ha oído con gusto las palabras del gobierno diciendo que perse-

guirá dentro de la ley a la Internacional. En esto nada hacemos que no esté dentro de nuestra competencia, y por eso pido yo al Sr. Montero Rios que diga lo que lógicamente se deduce de las premisas que ha sentado. Si la Internacional envuelve la negación de la patria, la propiedad y la familia, si además es atea y niega el Estado, diga francamente S. S. lo que ha dicho el señor ministro de la Gobernación: que está fuera de la Constitución y dentro del Código penal.

Dice el Sr. Montero Rios: no se trata de actos, sino de doctrinas; y cuando se trata de doctrinas se requiere por lo menos que en su propagación haya escándalo. Los demás oradores que están al lado de S. S. han dicho: la doctrina no es nunca penable. Voy a leer tres artículos del Código penal:

Art. 198. Son ilícitas las asociaciones que por su objeto y circunstancias fueren contrarias a la moral pública.

Art. 212. Incurrirán en la pena de prisión correccional los que fundaren establecimientos de enseñanza que por su objeto o circunstancias sean contrarios a la moral pública.

Observad que aquí se trata solo de enseñanza.

Art. 457. Incurrirán en tal pena los que proclamen por medio de la imprenta y con escándalo doctrinas contrarias a la moral pública.

Y por último, dice el art. 584: «los que incitaren a cometer actos calificados por la ley de delito o contrarios a la moral pública.»

El Sr. VALERA: Siento tener que tomar parte en este debate entrando en el fondo de la cuestión; pero mi amigo el Sr. Rodríguez me ha aludido suponiéndome en completo desacuerdo con las doctrinas de mis amigos políticos, y yo debo terciar en el debate exponiendo mis opiniones.

Todos conocen cómo ha venido esta cuestión. El señor Jove y Hevia hizo una interpellación, y el señor ministro de la Gobernación, contestando, calificado a la Internacional de inmoral y anunció que adoptaría medidas contra ella. De aquí ha venido el debate que tiene varios aspectos diferentes; y según se le considere bajo uno u otro, puedo yo estar en acuerdo o desacuerdo con otros oradores. Hay un aspecto en que todos tenemos que estar de acuerdo; hay otros en que las diferencias son de oportunidad, y otros en que son de esencia de las doctrinas.

¿Es lícita la Internacional? El señor ministro de la Gobernación cree que sí, y creyéndolo, tiene derecho a escitar el celo de los tribunales para que encausen y castiguen a sus individuos. Esto es cuestión.

Segundo aspecto del asunto. Está previsto en el artículo 19 de la Constitución el caso de que una asociación pueda ser de tal suerte peligrosa al Estado, y lo que es mas, al orden social, que el Estado pueda disolverla. Esta es una medida gubernativa, dictatorial, por decirlo así, que el Estado puede tomar en circunstancias dadas.

Sobre este punto si se hubiera presentado la cuestión, la divergencia habría estado, no en el derecho, sino en la cuestión de conducta, en saber si convendría disolver la Internacional por una medida dictatorial. La Internacional en España no tiene la importancia que en otras partes; no pueden aquí repetirse esos actos de barbarie, ni puede intimidarnos la amenaza del petróleo; por tanto, yo me inclino a creer que la disolución de la Internacional por una medida gubernativa sería poco oportuna. Pero como negar que está previsto en la Constitución ese derecho del Estado?

Se trata ahora de si la Internacional puede ser condenada como inmoral. Sobre este punto, en la rectificación del Sr. Cánovas y en el discurso que pronunció anoche, estoy tan perfectamente de acuerdo, que si pudiera convertirme en un manifiesto, no tendría inconveniente en firmarlo. Voy a decir ahora las diferencias que me separan del Sr. Rodríguez.

La Internacional es digna de toda mi reprobación y merecedora de infamísimos graves reos. En los hechos espantosos cometidos en París por la Commune intervinieron los internacionalistas; pero aun suponiendo que hubiesen sido acusados sin razón, tenía el deber de protestar contra la orgía inmundada y asquerosa de París. Mazzini ha protestado, la Internacional no; por tanto, hay la presunción de que esa sociedad tiene en el fondo el deseo de hacer en otras partes lo que se ha hecho en París. Condeno, pues, esa sociedad como contraria a la moral. La condeno también como atea, pues el ateísmo es la base de sus doctrinas; y aunque por una honrada falta de lógica haya habido algún sabio atea que haya sido hombre moral, esta ha sido una excepción. Lo natural es que el ateo sea inmoral, porque que Kant en la *Crítica de la razón pura*, después de haber creído destruir la idea de Dios, cuando crea la moral, tiene que reconocer que el imperativo categórico supone un bien imperante, una personalidad divina.

Cuando se dice que Espinosa era ateo y al mismo tiempo hombre moral, yo veo que Espinosa tenía un concepto infinito de Dios y se apartaba de él porque no podía comprenderle. En el prólogo del *Fausto* de Goethe, Mefistóteles acusa a Fausto de que se estraviaba en sus pensamientos, y dice el doctor: el hombre yerra mientras aspira. Señores, en efecto, el que tiene aspiraciones a lo infinito cae en errores; pero es muy diferente ese ateísmo del ateísmo de la Internacional, ateísmo materialista, grosero, zafio y miserable, que es el ateísmo de la canalla.

¿Quién duda que es inmoral la Internacional condenando la familia y hablando del amor libre? El Sr. Salmeron es discípulo de un hombre tan recto como Sanz del Río, discípulo de Krause a su vez: ¿cómo ha de condenar la familia? La doctrina de Krause respecto de la familia es la doctrina cristiana en su apogeo, tal como ha podido mejorarse en el trascurso de diez y ocho siglos.

En cuanto a la noción de la propiedad, si se tratara meramente de llegar por medio de socorros mutuos y hasta por medio de las huelgas, pues todos son dueños de trabajar o no, a destruir el capital individual y a reanudar la propiedad colectiva, razón tendrían los internacionalistas para hacerlo por estos medios pacíficos.

Yo no puedo creer que en el art. 17 de la Constitución, ni en el Código, se estiende cuando se habla de la moral pública, de otra cosa que de faltas contra el decoro y la decencia, sobre los cuales todos estamos de acuerdo.

Yo creo que los antiguos y modernos escritores, desde Aristóteles a Kant, han venido a decir que el fundamento del derecho del Estado, a hacer uso de la fuerza estriba en el derecho de la propia defensa.

Como el particular no puede ejercer su defensa dentro de la sociedad, la ejerce el Estado, que tiene por lo tanto el deber de hacer que cada uno pueda ejercer su derecho sin lesionar el de los demás. Pero por cima del derecho está la moral, que como aquí se ha dicho, tiene una esfera concéntrica, pero mucho mas amplia. La moral, es una aspiración libre del ánimo para participar del bien absoluto; y de no tener esta aspiración, no se responde a nadie mas que a Dios; la moral por lo tanto es legible, y sobre ella el Estado no puede ejercer injerencia de ninguna especie.

El derecho en su esfera mas restringida tiene por objeto el bien sensible; no puede ser, pues, castigado sino aquel que hace un mal sensible, y así se concilian la teoría de Bentham la teoría de la utilidad, con las de Rossi y otros. El Estado no puede reintegrar el orden, porque para eso sería necesario que el Estado fuera impecable, y no lo es. Si la Internacional no causa el mal sensible, no puede ser castigada por el Estado; el castigar

una cosa puramente inmoral, podía hacerse cuando el Estado se hallaba intimamente ligado con la Iglesia; ahora no.

Si el voto de confianza que se va a dar, pues, al señor ministro no significa mas que un voto de reprobación a la Internacional, yo le daría dos veces sin dificultad ninguna; si significa que el señor ministro puede escitar el celo del ministerio fiscal, también le daré con gusto; tal vez también le daría, aunque no lo creo oportuno, según he dicho antes, si se tratara de ejercer un acto dictatorial para proscribir esa asociación; pero si se trata de decidir en las Cortes si esa sociedad es mas o menos moral, entonces no le daré, porque eso no puede, en mi concepto, decidirlo el Congreso.

El Sr. PI Y MARGALL: No temas, señores, una larga rectificación; comprendo que estais fatigados y nome propongo hacer un nuevo discurso; pero se me han atribuido errores y se me han hecho alusiones, y tengo necesidad de decir algunas palabras.

Perdóname el Sr. Alonso Martínez si no entro de nuevo en la cuestión de los derechos individuales. Yo doy a la palabra «absoluto» una significación distinta de la de S. S.; yo doy por base de los derechos individuales la personalidad humana, y los doy esa misma personalidad por condición y límites. Injuriar, calumniar, ultrajar la personalidad, esto es para mí lo vedado; discutir las ideas, las creencias y los sentimientos de la personalidad ajena, este es, a mi modo de ver, mi derecho. Así, al hablar yo de derechos absolutos, me refiero siempre a las manifestaciones del pensamiento y la conciencia. El Sr. Alonso Martínez nada ha dicho contra esta parte fundamental de mi discurso, y nada tengo, por lo tanto, que rectificar.

Rectificaré, sí, lo dicho por el Sr. Rios y Rosas. El Sr. Rios y Rosas supone que yo reduje la moral pública a lo que exige el decoro, el pudor, la honestidad; y esto no es cierto. Lo que digo y sostengo es, que así la entendieron las Cortes Constituyentes, y que así la han entendido los autores del Código penal. Así la entendía también hoy el Sr. Valera. Según el Sr. Rios y Rosas, la moral pública es la suma de los sentimientos, de los costumbres, y hasta de las preocupaciones de los pueblos. Nada diré sobre esta definición; solo si preguntaré a su señoría: si esto es la moral pública, ¿puede hacerse ninguna reforma social ni política que no afecte de algun modo a la moral? La definición de S. S. no hace mas que robustecer mis argumentos.

Previéndolo sin duda el Sr. Rios y Rosas, establecido entre los derechos del individuo y los de la asociación una diferencia que no esperaba de su claro talento. ¿Cómo? El Sr. Rios y Rosas y yo tendremos individualmente el derecho de manifestar nuestras ideas, aunque sean contrarias a las creencias generales de la humanidad, y si nos asociamos por encontrarnos en plena comunidad de pensamiento perdemos ese derecho? ¿Cómo? Nos reunimos mañana hombres de un mismo dando para fundar un periódico y difundir desde el pie de la prensa las doctrinas de nuestro partido, y no hemos de tener para propagarlas el derecho que cada uno de nosotros tendríamos fuera de la asociación?

El Sr. Rios y Rosas, exponiendo esa extraña teoría, ha incurrido en el mismo error que el señor ministro de la Gobernación. Se nos quiere dar la libertad para la emisión del pensamiento, y se nos niega luego la facultad de realizarlo por la asociación, que ha sido y será siempre el medio mas eficaz para la propaganda y la realización de las ideas. ¿Qué es esto mas que condenarnos a publicar nuestros pensamientos por el solo placer de publicarlos, y sin el fin moral que debe llevar el hombre en todos sus actos?

Estoy cada día mas asombrado de lo que aquí sucede. Se hacen todos los días alardes de catolicismo, y sin embargo, se aplaude menos la obra de Cristo que la de sus verdugos. Porque si es cierta la teoría del Sr. Rios y Rosas, las autoridades del antiguo imperio estuvieron en su derecho al perseguir y disolver las asociaciones cristianas. ¿Cómo santificas entonces lo que se sobrepusieron a ese derecho prestando una ciega obediencia a las leyes de su Dios?

Decía el Sr. Cánovas contestando a otro argumento mio, que no ha de tenerse por Cristo al primero que lo pretenda. Esto mismo dijeron y practicaron los judíos del tiempo de Augusto. No quisieron tener a Cristo por el Mesías prometido, y le condenaron a un horrible de los suplicios. Precisamente porque no tenemos medios para distinguir cuál es el nuevo Cristo que ha de redimirnos, y cuál la nueva idea que ha de salvarnos, pretendemos nosotros que se ha de abrir paso a todas las ideas. ¿Dónde está el criterio superior para juzgarlas? ¿Está en la sociedad? Os he dicho ya que las sociedades no se desenvuelven ni progresan sino por la negación individual de sus ideas y sus sentimientos.

Los tradicionalistas son en esto mas lógicos que los conservadores. Descuellan lo mismo del hombre que de la humanidad, y ponen ese criterio en Dios y en él, según ellos, le representa acá en la tierra. Afortunadamente el Sr. Cánovas en su segundo discurso ha hecho un verdadero curso de conversión, cambio de que sinceramente le felicito.

Vengo a mis ideas sobre la propiedad. Dije claramente que reconocía la propiedad individual, pero que la consideraba eternamente subordinada a los intereses sociales. Dije que a mi modo de ver los internacionalistas, en vez de apelar a la propiedad colectiva, debieran proponer en las leyes civiles una serie de reformas por las cuales fuese pasando la propiedad a manos de los que la cultivan. Creo firmemente que la propiedad debe hacerse extensiva a las clases obreras. ¿Cómo? La libertad es para mí el medio de llegar a la realización del derecho, y el derecho no se realiza al fin sino por una ley, es decir, por un acto social que venga a sancionarlo.

El colectivismo no es para mí una síntesis, sino un término medio entre el individualismo y el comunismo, y, ó mucho me engaño, ó las clases obreras han de venir a caer al fin en el otro extremo, como no se elevan a un concepto superior de la propiedad.

Ocupándose el Sr. Cánovas del párrafo en que yo hablaba de las luchas entre el patriado y la plebe de Roma, deducía de mis palabras que yo mismo confesaba que las cuestiones sociales traían consigo la confusión. El Sr. Cánovas está en un error. El Estado en Roma poseía, bajo el nombre de *ager publicus*, tierras generalmente usurpadas a los pueblos venidos. Apoderóse de ellas el patriado, dejando con esto descontenta a la plebe, a la plebe, a la plebe, se le habían concedido en distintas ocasiones pequeñas suertes de tierra. A medida que la plebe fué creciendo en poder, tuvo mayores exigencias, é impuso al fin a los patricios la ley *licinia*, por la cual ningún ciudadano de Roma podía poseer mas de 500 yugadas del *ager publicus*. Los patricios lograron, sin embargo, hacer caer en desuso una ley que podía ser considerada como la salvación de la república.

Viendo los Gracos con esto inminente la ruina de Roma, se pusieron a la cabeza de la plebe que los nombró sus tribunos y no descansaron hasta poner otra vez en vigor la ley *licinia*. ¿Qué hizo entonces el patriado? Empezó por emplear entre los Gracos el soborno y la intriga, y acabó por asesinarlos en la plaza pública, saltando por encima de la ley y violando la Constitución del Estado.

El Sr. Lostan habló en defensa de la Internacional, y se levantó la sesión.

Kran las siete y media.

